

Escribir digital (autoentrevista)

Alberto Chimal

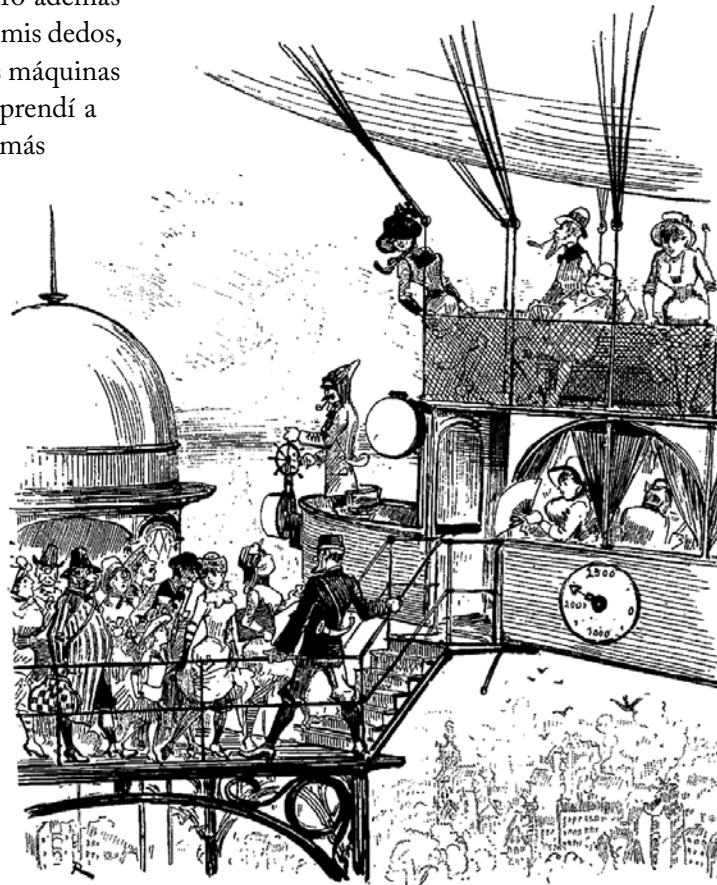
¿Cuándo empezó a interesarse en la escritura digital?

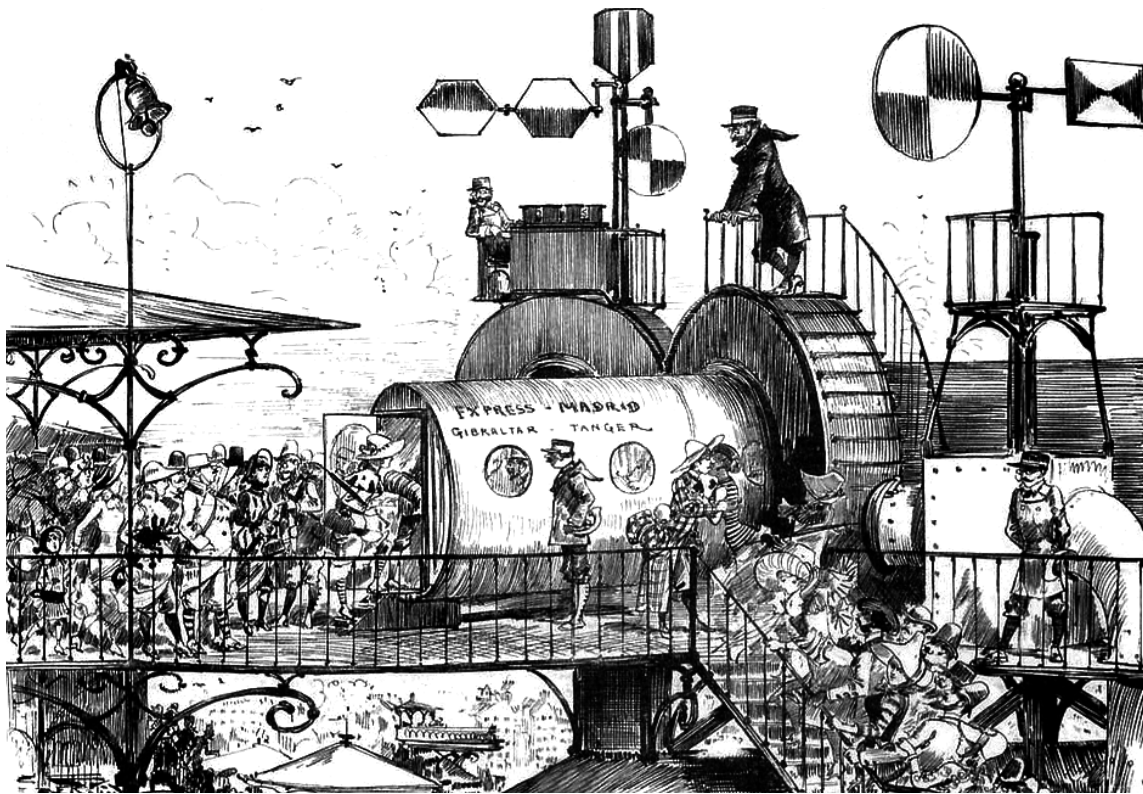
No lo sé exactamente, pero fue antes de que Internet se volviera popular. En la adolescencia ya escribía (ya intentaba escribir) pero además de los problemas obvios de cualquier principiante tenía otros dos: mis dedos, que son demasiado delgados, se atoraban entre las teclas de las máquinas mecánicas que estaban a mi alcance, y como además nunca aprendí a sostener bien el lápiz, no era (no soy) capaz de escribir a mano más de veinte minutos seguidos sin empezar a sentir calambres.

Las primeras computadoras a las que tuve acceso eran de muy escasa potencia, incluso para la época, pero lo importante es que sus teclados eran más hospitalarios. Al contrario de otros colegas de mi edad o mayores que pasaron por un periodo de transición entre escribir con otras herramientas y hacerlo en una computadora, yo la utilicé prácticamente desde mi primer texto publicado.

¿Qué más le da a usted personalmente el uso de estas herramientas?

Además de una mayor comodidad al escribir, es verdad lo que se anticipaba hace treinta años: los procesos de escritura cambian al usar una computadora. Incluso las operaciones más simples de cortar, copiar y pegar le dan al trabajo una flexibilidad muchísimo mayor y, cómo decirlo, un aire distinto. En el siglo xx se hablaba de la mística de la máquina de escribir y se hacía mucho énfasis en la necesidad de resistencia: las grandes hazañas de la mecanografía eran periodos muy prolongados de escritura sin pausa, sin revisiones ni modificaciones. Ahora esa es una posibilidad entre muchas.





Ilustraciones de Albert Robida para el libro *Le Vingtième Siècle* (1883)

¿Cuándo comenzó a trabajar con herramientas más allá del procesador de texto?

También ocurrió antes de 1996. Las primeras computadoras Macintosh a las que tuve acceso, allá por 1989, tenían entre sus programas de fábrica (primero en *diskette*, nada menos, y sólo más tarde precargado en un disco duro) Hypercard, un editor de hipertexto que ahora parece muy rudimentario. De hecho era poco más que un juguete, pero con él aprendí los fundamentos de páginas, enlaces y demás haciendo una revista: índice, artículos, secciones... No pude hacer nada con ella porque sólo podría haberla distribuido en *diskette*, de mano en mano y entre usuarios de computadoras Apple que no eran precisamente abundantes. Sólo hasta mucho después supe que algunos contemporáneos hacían al mismo tiempo que yo —pero para PC— las primeras y olvidadas revistas digitales mexicanas realmente distribuidas: *La langosta se ha posado* de Gerardo Porcayo y *Otracosa* de Mauricio José Schwarz.

Al mismo tiempo me tocó empezar a utilizar programas de autoedición y durante un rato, como muchas personas de entonces, trabajé sobre todo con ellos a la hora de hacer proyectos editoriales.

¿Y en 1996? Es el año en el que comenzaron a ponerse de moda los navegadores de web, el correo electrónico...

No hemos terminado de entender los cambios que trajeron esos hechos tan simples. Probablemente no nos toque hacerlo a nosotros sino a los historiadores del año 2500, si los llega a haber. No tenemos suficiente distancia. Las personas más jóvenes ya no conocen otra situación y (por increíble que parezca) he escuchado a personas nacidas todavía en los cincuenta y hasta en los sesenta que no quieren saber nada de Internet o de las redes sociales porque todavía las consideran “poco importantes”, un “fenómeno pasajero”.

Sería mentira decir que se previó lo que iba a suceder, pero creo que yo mismo estuve entre las personas que recibieron con más gusto y expectación las nuevas tecnologías. Para mí, tenían un brillo *Sci-Fi* que me hacía recordar muchas lecturas y películas favoritas, y además estaban la promesa de entonces —publicación libre e irrestricta más un público instantáneo— y el hecho que ya mencioné de la experiencia distinta de la escritura. Con *software* gratuito y una conexión telefónica (ni siquiera de banda ancha) se podía experimentar largamente con el texto como material

plástico: en esta época surgieron el diseño chafa y la redacción de *memes* como formas de *folk art*, desde luego, pero también hubo las primeras instalaciones hipertextuales los primeros *e-zines* exitosos... Como era imposible no intentarlo, durante cerca de un año tuve uno, dedicado a la literatura fantástica, alojado en Geocities, aquel extinto servicio de páginas personales. Pude comprobar muy pronto que lo del público ávido de leer *todas* las publicaciones digitales era una mentira, pero también que un valor adicional y más perdurable de todo ese trabajo estaba en cómo cambia la relación entre quien escribe y lo que escribe: cómo la facilidad de uso y modificación puede ser una trampa pero también un estímulo creativo. La disciplina de escribir se puede potenciar con la publicación rápida; el carácter perpetuamente modificable del texto hace que se pierda el miedo a la experimentación; la interactividad —que llego poco a poco— permite una lectura horizontal que hoy conocemos cotidianamente de varias formas, pero que puede ir mucho más allá de la respuesta o reacción inmediata de las redes sociales. Mucho de lo más interesante que sucede ahora en la creación en Internet tiene que ver con esa interactividad.

Todos estos descubrimientos continuaron cuando llegaron los blogs, que existen como tecnología desde 2000 pero tuvieron su *boom* (al menos en México) en 2003. Entre los escritores, los auténticos pioneros del blog fueron autores del norte del país como Rafa Savedra, Amaranta Caballero o Heriberto Yépez, pero ellos y todos los que los seguimos estábamos en el mismo proceso y los descubrimientos más interesantes se realizaron colectivamente: en la comunicación, las discusiones, los conflictos y las actividades realizadas en común.

¿Se podría decir que ellos —ustedes— fueron los primeros autores digitales reconocidos como tales en México?

En realidad, no. Por una parte, en ese tiempo la atención se concentraba en la herramienta y no en lo que se hacía con ella ni en quién la utilizaba: la moda era discutir si el blog era un nuevo “género”, si

representaba la muerte de la literatura y otras afirmaciones sensacionales, sin mucho sentido ni fundamento. Por la otra, no todos los que se dieron a conocer por medio de los blogs u otras herramientas semejantes las siguieron utilizando de manera significativa: por ejemplo, Yépez se ha convertido en un intelectual importante y valioso, pero publica en medios tradicionales. En cualquier caso, ninguno de nosotros se formó con el medio digital como única alternativa: la distinción de ser “cien por ciento digital” (si es que vale de algo) tendrá que ser para autores más jóvenes.

Cuénteme de su trabajo en la red Twitter.

Ha sido una de las mejores experiencias que he tenido trabajando con herramientas digitales. Las características superficiales del *contenido* multimedia suelen llamar mucho la atención y dar la impresión de que son lo único que internet puede ofrecer; por ejemplo, que el futuro de la escritura es únicamente fotos con texto o videos enlazados. Mucho de lo que sucede en espacios como Facebook o Google+ no es más que esto.

Por otra parte, la limitación de espacio de Twitter hace imposible recurrir a las formas más obvias de multimedia, y fuerza a emplear más creativamente las posibilidades del hipertexto. Viendo lo que ocurre en estas condiciones me he convencido de que las modificaciones de la escritura digital van a pasar, más bien, por la creación de experiencias distintas de escritura, sin precursores en los medios impresos y en las que el “producto” no va a ser necesariamente el objetivo final. Por ejemplo, en vez de redacción con miras a hacer un libro, escritura que se agota en el momento, como la que se da con juegos y *memes*.

Si es el caso, ¿por qué usar la plataforma para escribir minificción, como hizo para crear los textos de su libro El Viajero del Tiempo?

Porque un uso no excluye ni invalida los otros. Aparte del trasplantar la minificción de sus precursores impresos a Twitter, como hemos hecho varios,

yo también utilizo mi cuenta (mi *presencia* en esa red) para otros fines, incluyendo mis propios juegos y experimentos efímeros, desde la invención de variaciones alrededor de etiquetas (*hashtags*) hasta la recolección de enlaces y referencias que he hecho también en otros espacios. Por cierto, esa curaduría (esa creación de una “cámara de maravillas” virtual) también es algo que las redes sociales permiten y no siempre se realiza de forma interesante.

¿Cómo funciona la minificción en internet?

En general del mismo modo que en un libro o una revista, en lo que hace a la lectura; es decir, los textos siguen exigiendo una atención particular de los lectores —al efecto retardado del texto brevísimo, cuya brevedad es siempre engañosa— y siguen ofreciendo a la vez concreción y posibilidades de alusión y evocación. Pero hay algo más: a la vez, los textos pueden escribirse con mayor velocidad y espontaneidad (aunque después necesiten el mismo trabajo riguroso de siempre, o incluso más), y pueden leerse de maneras más flexibles, dependiendo del contexto en que se transmitan y se reciban. Cada usuario de una red social tiene una experiencia totalmente distinta de lectura, que depende de a quiénes lea y cuándo los lea. Esta experiencia es intransferible e imposible de reproducir, y por supuesto puede encauzarse creativamente.

Una más para terminar. ¿Puedo hablarle de tú?

Usted es un tipo muy extraño. **▲▲**

